

I

EN EL ASILO

El viejo Erlanger volvió a derramar el agua. La taza de latón se volcó por otro de sus movimientos bruscos y el agua vino lentamente hacia mí. No me aparté. Se mojó mi antebrazo derecho. Miré al cuidador porque sentí su mirada. Avanzó sobre Erlanger, pero yo lo detuve negando con la cabeza, muy suavemente. El cuidador volvió a su lugar. El viejo Erlanger no advirtió nada, seguía con su sonrisa incomprensible observando atentamente la taza ahora volcada. Luego, con mucho cuidado y sin sonrisa alguna, acercó su mano derecha a ella y la tocó. Después recogió la mano, la sonrisa reapareció. ¿Es posible, pensé, que el viejo hubiera visto en la taza una amenaza y que su movimiento tuviera el objetivo de conjurarla? Luego descarté la idea porque me pareció ridícula, aunque más ridículo era aceptar las cosas del viejo Erlanger sin intentar una explicación. Bebí el resto de leche que tenía en mi taza. Se había enfriado. Volví a dejar la taza sobre la mesa, disgustado. El cuidador advirtió mi disgusto y se ofreció a traerme otra taza. Acepté.

El Gordo no quería comer. Inclinado sobre el plato balbuceaba alguna cosa que yo no alcanzaba a oír. En su mano derecha tenía la cuchara en alto, como un arma. Su brazo izquierdo colgaba como si no tuviera nada que ver con el resto del cuerpo. Trozos de pan flotaban en un

caldo amarillento, exceso de curry, pensé, pero no había curry en el asilo. Ahora el Gordo se había inclinado aún más sobre el plato y el balbuceo se volvió más rápido, más urgente. Una plegaria, me dije, está rezando. El cuidador avanzó hacia él. Sabíamos que el Director sostenía que la comida se debía comer, hubiera o no hambre, que era un deber que teníamos para con nuestro cuerpo. El Gordo estaba desobedeciendo la orden, por eso el cuidador fue hacia él. Acercó su rostro a la cabeza y le susurró algo. No reaccionó. Entonces el cuidador le puso una mano en el hombro y lo sacudió con suavidad. La cuchara cayó al suelo. El cuidador la levantó y luego, con una servilleta de papel, la limpió con mucho cuidado. La dejó sobre la mesa y dijo algo que no alcancé a oír, excepto una palabra: *proteína*. El Gordo levantó la cabeza y miró al cuidador con los ojos muy abiertos, el rostro iluminado, presa de una revelación, pensé. Comenzó a comer con un ritmo intenso, continuo. El cuidador asintió y volvió a su lugar.

Las horas de descanso no tienen ningún sentido porque no hay nada de lo que descansar. Sin embargo, el patio se va poblando lentamente de gente que, con dificultad, se distribuye según un orden dictado por la costumbre. En general se forman unos cinco o seis grupos de cuatro o cinco personas. Algunos ocupan los bancos, otros permanecen de pie. En verano el sol destaca los relieves de los rostros realzando las zonas de sombra. En invierno no, en invierno las bufandas solo dejan ver el brillo apagado de las miradas que, con frecuencia, no saben adónde mirar. Los que caminan van de un lado a otro, con frecuencia en círculo, hasta que parecen comprender que no tiene ningún sentido, y se detienen. Después

de unos minutos, comienzan nuevamente a andar. No es extraño que alguien invite a otro a acompañarlo en su recorrido, así que, en esos casos, se puede ver a dos caminando juntos, conversando. Si uno se detiene a observar con atención esas caminatas, deja de buscarle sentido, y el caminar se justifica por sí mismo. Tranquiliza, incluso, esa repetición.

Por la mañana, a la hora del desayuno, el salón, de paredes altas y ventanales amplios, siempre está frío y luminoso. No importa la estación del año, el frío siempre está ahí. El vapor sale de las bocas, muchas de ellas desdentadas, otras saludables (de lejos, la más saludable, la de Bürgel). Los movimientos son lentos, porque por la mañana cuesta poner en marcha los huesos, los músculos ya flácidos. Poco a poco la vida se establece, lenta, más o menos segura. Los ruidos de las tazas son acompasados, cada uno permite prever el siguiente, tal es el orden. Luego, con las infusiones, la leche, las tostadas y todo lo demás, el clima se alegra, alguien cuenta algo, un recuerdo sin importancia, y lo hace en voz alta, de modo que no cabe otra posibilidad que escucharlo. Entonces otro dice algo, interrumpe la historia del primero para contar un fragmento de una historia propia que el relato anterior le recordó. Y otro hace lo mismo. Las voces se suman y se transforman en un coro desordenado, todos se estimulan en el recuerdo y dejan caer, aquí y allá, una frase que se suma a todas las otras frases, y los relatos, así mezclados, crecen sin interrupción, llenan el salón, se esparcen por la luminosidad que los ventanales permiten, alguien grita de puro entusiasmo, otros acompañan. Por último, dos o tres cuidadores se acercan amables y aconsejan bajar el

tono de las voces, ordenar los relatos, no confundir los recuerdos, dar a cada relato, dicen, su *singularidad*. Primero los viejos se resisten, entre risas se burlan de los cuidadores que son jóvenes, no comprenden, dicen, sus cuerpos son demasiado sanos para comprender, dicen, pero luego parecen reflexionar, sí, dicen para sí, así no vamos a ningún lado, y el que primero comenzó a contar su historia la retoma, ahora sí, sin nadie que interrumpa, un relato ordenado que sigue los tiempos de la vida y que es muy sencillo de entender. Inicialmente todos escuchan interesados, luego escuchan intentando interesarse, luego luchan contra el desinterés, por último, los propios recuerdos se imponen a cada uno y así, recordando, se alejan unos de otros.

Una vez, en uno de esos tiempos muertos tan habituales en el asilo, el viejo Bürgel me contó que en sus recuerdos todos son fantasmas, unos buenos, dijo, y otros malos. El viejo Bürgel me cae bien. Siempre anda con un libro de Grillparzer, el escritor austríaco, pero nunca lo veo leyendo. Es *El pobre músico*, dice él cuando advierte que, una vez más, me fijo en el libro. Lo heredó de su abuelo paterno que él conoció cuando el abuelo estaba a punto de morir, aunque tardó ocho años en hacerlo. Siempre enfermo, decía, y las pocas veces en las que quería hablar, decía dos o tres tonterías generales y luego hablaba de Grillparzer. Este librito estaba en su biblioteca y me lo quedé para tener un objeto que me permitiera recordarlo mejor. Pero no me atrevo a leerlo, dijo, porque si lo leo mi abuelo habrá desaparecido para siempre. Y después se ríe con una risa joven, y muestra su dentadura fuerte, blanca. El libro no solo está en alemán, sino en

alemán gótico, un alemán que yo no leo ni nunca leeré, dice el viejo Bürgel. Y ríe otra vez.

Una vez más, la amabilidad del Director. Tiene entre cincuenta y sesenta años. Alto, aunque no demasiado, con un pelo canoso muy cuidado, siempre impecable, sonrisa muy cuidada también. Es como un personaje que representa un personaje que es el mismo personaje que sería si no lo representara. Solo conmigo es especialmente amable, lo he comprobado. Con el resto es correcto. Sé que a los cuidadores les exige esa misma atención para mi persona. Se lo agradezco, pero los privilegios siempre aturden un poco, al menos a mí. Entonces, cuando le insinúo algo de esto, él saca a relucir mi obra, o lo que él llama mi obra, esas escasas páginas que, al final, no dan cuenta de nada. Si yo quisiera olvidarme de esas páginas, el Director me las recordaría. A veces, después de un café en su despacho y cuando ya hemos dado cuenta de las pastas deliciosas con las que siempre me agasaja, acompañadas por un café excelente, cita algo que yo alguna vez escribí. Cita de memoria, incluso párrafos extensos de los que yo no recuerdo nada. Algunos me gustan, otros me parecen insólitos y no me puedo reconocer en ellos, la mayoría son convencionales de la peor manera: intentando no parecerlo. Él no parece advertir nada de esto, y elogia algunas páginas llenas de trampas en las que alguna vez intenté ocultarme, cosa que logré por no saber que me ocultaba. Y si ahora el Director me preguntara algo sobre estas cuestiones, no sabría qué decirle, cualquier cosa que dijera me parecería un artificio. Pero él no pregunta. Tanta es su fe.

Usted, me dijo el viejo Bürgel, sabe de libros. Le dije que un poco, no demasiado, nunca se sabe demasiado de libros. Agitó su librito de Grillparzer y luego dijo: mi abuelo tenía una biblioteca inmensa, al menos a mí me parecía inmensa, era yo muy pequeño y la infancia no se lleva bien con las dimensiones. Sonrió. Después se alejó hacia el patio, como si la conversación no hubiera tenido lugar. Lo seguí. Hablaba solo. Creo que le hablaba a la madre, o a lo que recordaba de la madre, un fantasma. Se sentó en un banco, puso el libro de Grillparzer sobre sus rodillas y comenzó a acariciarlo como si fuera un animal, no un gato, sino un perro pequeño y obediente. Hablaba en voz baja, quería tranquilizar al animal, no pasa nada, decía, y acariciaba el lomo del libro. Cuando advirtió que lo observaba me dijo, sonriendo, que Grillparzer lo había pasado muy mal en la vida, que una caricia nunca está de más. Luego dice: a veces pienso en lo que le faltaba a Grillparzer para reconciliarse con la vida, pero no le faltaba nada que él no hubiera podido tener, lo que le faltaba era lo que nos falta a todos. ¿A todos?, pregunto. A todos, sí, es una falta natural, algo que viene con nosotros, ya al nacer está allí. Primero dudé, luego estuve de acuerdo.

A veces, y fruto del capricho, el Director me pide que dé una charla en el teatro del asilo, una charla fuera del incierto programa que elaboramos. Es un lugar confortable que no tiene nada que ver con el resto del edificio. El Director trata este lugar con particular mimo. La mitad del presupuesto se me va en su mantenimiento, dice, y sonrío de modo muy comedido, como si en realidad no fuera más que el tercio del presupuesto lo que se lleva el

teatro, incluso menos. Pero el lugar está muy bien. Tiene capacidad para cincuenta personas, de modo que suele sobrar espacio, puesto que los asilados no somos más de treinta. Ocasionalmente alguien del personal se agrega a las funciones, escasas pero variadas. Los dos oficinistas nunca lo hacen. Una antigua amiga del Director, Amalia, que supo ser cantante de cabaret, actúa de vez en cuando. Entrada en carnes y muy simpática, Amalia hace las delicias de los concurrentes que no paran de reír, aunque ella no tenga intención de hacernos reír. Su plato fuerte es *Lulú encuentra a su perro*. Durante ese número mueve su culo gordo y agita sus pechos con mucha gracia, como si la sexualidad fuera una broma de la naturaleza. El Director se transforma durante estas actuaciones, aplaude como un niño en un circo, da pequeños saltos en su asiento, olvida su condición de Director, e incluso palmea a algún viejo que se encuentra a su lado invitándolo al entusiasmo. Cuando la función acaba me lleva a su despacho donde ya se encuentra Amalia, duchada, vestida con ropas sencillas, con su luminosa sonrisa. Cuando esto ocurre, cuando me acerco a ella y la beso en la mejilla y la abrazo con mucho cuidado, casi sin tocarla, me enamoro profundamente y pienso que tendría que ser capaz de llevarla en volandas hasta la calle y huir con ella a lo largo de la avenida principal que lleva a una ciudad extraordinaria que a veces imagino en sueños y en la que hay un solo cabaret en el que Amalia es la única, la gran estrella, y donde yo, noche tras noche, la veo y la espero luego en su *camerino* para ofrecerle el consabido ramo de rosas rojas y después, una vez duchada y vestida nuevamente con sus ropas sencillas, brindar con champagne Cristal Rosé y entonces llega el momento de besarla en

el cuello y deslizar mi cabeza hacia sus pechos y descansar sobre esa carne magnífica mientras ella, que no ha tenido hijos, me acaricia con una dulzura que me previene sobre los males del mundo, quédate aquí, dicen esas caricias, deja el mundo donde está. El Director suelta una risa espontánea, y también Amalia. Ya estamos en el despacho y el champagne, nacional, de mediana calidad, nos permite brindar por un futuro mejor, y nos reímos nuevamente, porque esa palabra, *futuro*, es un exceso de la imaginación, que es lo que yo digo, y el Director se dirige entonces a ella y le dice: cómo se nota que es un escritor. Y una vez más ella me pide que le cuente sobre mi obra, y aunque yo le diga, una vez más, que es escasa, irrelevante, ella insiste, y yo le cuento.

Exceptuando los pocos momentos en que el viejo Erlanger tiene esos ataques de estupidez, su rostro suele tener una severidad en la que se adivina el Director General de Empresas Erlanger que supo ser. Con frecuencia busca mi compañía. Lo hace porque, dice, soy el único con el que siente realmente cómodo. Usted, dice, un hombre de letras. Yo sonrío y niego con mi cabeza, no, digo, y luego: no, no. Pero el viejo Erlanger, el ex Director General, no se inmuta, tiene las cosas muy claras, y si él cree que yo soy un hombre de letras, no me queda otra posibilidad que serlo. Pienso entonces que para ser Director General se necesita esa convicción que hace que los acontecimientos se sometan a la propia voluntad y terminen siendo aquello que necesitamos. En el brillo de los ojos del viejo Erlanger suelo ver una exigencia para con su vida que nada tiene que ver con las palabras, es una cuestión de... de destino, digo para mí. El viejo lee

mis pensamientos, no, dice, no es el destino, es la certeza de que, si uno no es implacable, la realidad lo abduce, y sonrío, como si la palabra “abduce” fuera lo más común del mundo, como si cada mañana, en todos los mercados de la ciudad, las amas de casa dijeran “abduce” cada dos o tres frases, como si esa gente sencilla no pudiera vivir si esa palabra no existiera. Cuando se lo comento me dice: ve, es usted un escritor.

Los cuidadores son nueve, tres por turno. Cambian de turno siguiendo un orden estricto. Son jóvenes, amables, expeditivos, fuertes, profesionales, y muchos adjetivos más podrían caberles, pero no los diré, no quiero darle la razón al viejo Erlanger y parecer un escritor. Dos de ellos son mis preferidos. Uno es Sortini, que en realidad se llama Sordini y no se cansa de repetírmelo infructuosamente. Sortini, le digo, ¿qué hay para desayunar? La pregunta no tiene ningún sentido, siempre desayunamos lo mismo, pero él es muy amable y me repite siempre lo mismo: leche caliente o fría con cereales, zumo de naranja, tostadas de pan integral, pastas, miel, mantequilla, mermelada, yogur desnatado (tres sabores, no es obligatorio elegir uno), fruta variada, té, café, agua mineral (con y sin gas, la dirección aconseja sin gas), todo junto al pequeño plato en el que cada uno tiene su ración matutina de medicación. Y después, sabiendo que estamos condenados a esa repetición, Sordini (Sortini, en realidad) hace algunas pequeñas referencias del tipo “las manzanas de hoy son ácidas”, o “le recomiendo el melón”, o “la mermelada está hoy particularmente buena”, etcétera. Y yo le agradezco estos pequeños comentarios insustanciales, y se lo agradezco porque sé que él lo hace para que la

conversación fluya, la conversación, le digo entonces, es lo importante, y él, con una sonrisa muy mediterránea, asiente, claro, dice en voz baja, y repite, claro.

El otro es Sortini, al que me empeño en llamar Sordini. No, dice él, Sordini es mi compañero, yo soy Sortini, y lo repite cada vez que lo confundo, de modo que, después de todo este tiempo, ha llegado a la conclusión de que lo confundo adrede para que él me lo aclare. Le gustan las aclaraciones ¿verdad?, me dice, y me cuenta una vez más la historia de su abuelo italiano que tenía una obsesión con las palabras y siempre estaba pidiendo aclaraciones, incluso cuando uno usaba palabras muy sencillas como casa, perro, verano, cosas así, cuenta Sortini, pero por más sencillas que fueran las palabras el abuelo levantaba el brazo, un momento, decía, un momento, y pedía la aclaración allí donde no había nada que aclarar. ¿Y cómo terminaba el asunto?, pues terminaba cuando el abuelo desistía de la aclaración y hacía que uno se sintiera un tonto. Entonces le pregunto, por enésima vez, a qué se dedicaba su abuelo, carpintero, dice él, pero siempre quiso ser escritor.

Momus es un payaso. Un tipo enorme de cara redonda, ojos pequeños, pelo abundante e hirsuto, maneras amables, algo gordo y con una sonrisa que siempre está pidiendo disculpas. Me cae muy bien. Actúa junto a su perro, también llamado Momus. Cinco o seis veces al año viene al teatro. Todos los viejos y los cuidadores lo quieren mucho. Cuando pasan tres o cuatro meses sin que aparezca por el asilo, algunos viejos se impacientan y le preguntan al Director ¿para cuándo Momus?, y sus caras enrojecen esperando la respuesta, porque Momus

es como una droga colectiva y pasado cierto tiempo algo en sus cuerpos, sus almas, exige que Momus aparezca y los haga reír. Momus está muy ocupado, dice el Director, tiene actuaciones en todos los rincones del mundo, no para de viajar, es muy apreciado en los más grandes escenarios del espectáculo... universal, dice el Director. Los ancianos ríen, saben que Momus está en la ruina, que su arte nunca ha sido reconocido, que prácticamente vive de la caridad, que los vecinos lo alimentan, a él y a su perro, que nunca quiso dejar de ser un payaso, y que a pesar de su ruina creciente, se negó siempre a trabajar de otra cosa que no fuera su profesión de payaso, algo que sus vecinos admiran, y sobre todo lo admiran porque les cuesta que Momus y su perro acepten la comida, se niegan, están dispuestos a morir de hambre como respuesta a la ceguera del mundo en relación con su arte, porque ellos saben que el arte que irradian es incomparable. Por último, a regañadientes, aceptan la comida y la ingieren con desgana, lo hacen para no frustrar la generosidad de esos vecinos que a veces, en un cumpleaños infantil o durante las fiestas navideñas, le piden a Momus y su perro que actúen, y ellos, felices, actúan. Hacen su número *El perro que se comió la luna*, o *Momus, astronauta subterráneo*, o *Momus y Momus se van al desierto*, y todos ríen hasta perder la respiración y pedirles que paren ya, que se van a morir, literalmente, de risa. Esos espectáculos dan a Momus y su perro combustible emocional para dos o tres meses, según ellos mismos dicen. En el asilo, al final de su actuación y cuando llega el momento del *bonus*, siempre se les pide el mismo espectáculo: *La Muerte mordida por un perro*. Momus aparece vestido con una túnica blanca ya raída en la que se notan manchas muy antiguas

de distintos colores, manchas que han penetrado en el tejido y que ya forman parte de él, y una guadaña con su largo mango de madera y sus dos manillas que culmina en una hoja de buen acero extraordinariamente afilada que brilla temible bajo las luces del teatro. La Muerte, o sea, Momus, se planta en el centro del escenario y pregunta dónde se encuentra, los viejos contestan ¡en el asilo, en el asilo!, y Momus (la Muerte) sonrío y se relame con una lengua gorda, roja, después deja la guadaña en el suelo, se frota las manos y dice: qué gran cosecha voy a hacer, y vuelve a coger la guadaña y la levanta muy por encima de su cabeza y sonrío como un monstruo. Se acerca al borde del escenario y amenaza con bajar hacia los espectadores. Los viejos gritan y ríen, ya han visto muchas veces el espectáculo, y gritan para participar de la comedia, y ríen porque saben que es una comedia y que toca reír, a excepción del Gordo, que nunca ríe, llegados a esta parte del espectáculo su rostro adquiere la gravedad del pensador y asiente con la cabeza, ignoro a qué asiente, pero lo hace. Y cuando Momus el payaso está a punto de bajar del escenario con la guadaña en alto, Momus el perro aparece con su cuerpo desgarrado trotando displicentemente, un par de alas de algodón adornan su lomo, y se acerca a Momus (la Muerte), y hace como que lo muerde en una pierna, y Momus (la Muerte), grita y suelta la guadaña, Momus el perro lo sigue mordiendo en la pierna, no la suelta, y Momus (la Muerte), grita y dice: ¡no quiero morir, no quiero morir!, y ese es el momento en el que los viejos están a punto de morir de risa. Cuando todo termina, con un estruendo de aplausos, nos vamos al salón, Momus y su perro, los asilados, los cuidadores y el Director, a tomar limonada fresca y unos pastelitos

de crema preparados especialmente para la ocasión. El mimado siempre es el perro, que se siente como en su casa y no para de mover la cola, de engullir pastelitos, de agradecer a todos dando lametazos a diestra y siniestra, lleno de alegría. Ya no tiene las alas de algodón sobre el lomo, Momus se las ha quitado y las ha guardado en la pequeña maleta en la que llevan su vestuario. Le quito las alas porque el espectáculo ha terminado, dice Momus el payaso, a modo de justificación, porque sabe que a los viejos le gustan las alas del perro, porque el perro, cuando tiene alas, espanta a la muerte, la muerde, y ese es el momento en el que los viejos más ríen.

El asilo tiene tres cuerpos. El cuerpo principal es donde se encuentran el salón, las habitaciones, el teatro, el despacho del Director. A la izquierda, en un edificio más pequeño, están las oficinas; en ellas trabajan dos personas que nunca vemos, ni siquiera sabemos si efectivamente son dos. Sordini o Sortini me ha dicho que son dos, un señor alto, desgarrado, piel algo morena, cabello oscuro y abundante, pómulos salientes, ojos oscuros, *penetrantes* (Sordini/Sortini) y que habla muy poco, y una señora muy guapa de no más de cuarenta años, *muy simpática* (Sordini/Sortini), a la que le encanta *hablar de cualquier cosa* (Sortini/Sordini), siempre de buen humor, dicen. No tienen mucho trabajo. El asilo ya no recibe más gente, solo en caso de que alguno de los viejos muera se abre una vacante, pero hace años que nadie muere, la muerte, dice el Gordo, nos teme. Así que esos dos llevan las cuentas y poco más. Entran por la mañana temprano y a mediodía ya se están yendo. No hablan con nadie, a excepción de la señora cuando se encuentra con alguno



de los cuidadores, o con el Director, entonces *no para de hablar* (Sortini/Sordini). En el otro edificio, el más pequeño de todos, se encuentran la cocina y la biblioteca. Para acceder a la biblioteca hay que pedir un permiso especial. Yo tengo un pase permanente. El Director es muy celoso con sus libros, todos comprados por él después de cuidadosos estudios, consulta de suplementos literarios extranjeros, lecturas de críticos de prestigio, charlas con escritores amigos. De hecho, a mí me ha pedido recomendaciones cientos de veces. Casi siempre lo frustró. No soy escritor, digo, he escrito, eso es todo. Y él insiste, y cuando advierte que esta vez tampoco le diré nada, se irrita, pero le dura poco, y luego dice: es su obra la que impide que me enoje con usted. Por último, cedo y nombro algún libro que acude a mi memoria sin saber por qué. Después está el patio, un lugar amplio con suelo de cemento, bancos de cemento también, sin ningún árbol, sin un macizo de flores, ni siquiera una maceta. Allí es donde se producen las caminatas. Se habla poco. El clima es cambiante y la posición del sol determina las sombras de los rostros. Algo de esto ya he dicho. Desde el patio se pueden escuchar los ruidos de la calle. Junto al muro del patio pasa la avenida principal que conduce a la ciudad que yo, en mis sueños, imagino extraordinaria. Creo que nunca la he visto, pero podría escribir sobre ella y con eso me basta. Ocasionalmente escuchamos las voces de la gente que pasa por la acera. Los muros nos impiden ver lo que ocurre más allá de ellos, pero esas voces, cuando las podemos escuchar, nos informan de un lugar que ya hemos dejado atrás y al que necesitamos no extrañar. Las voces suenan saludables, las cosas que cuentan no tienen ninguna importancia, al menos para nosotros, pero (y esto

debo decirlo en voz baja) envidiamos el tono de esas voces, su *vibrato*, palabra que me explicó con todo detalle el viejo Bürgel que, dice, había aspirado a la música pero que la música nunca lo consideró digno de acercarse a ella, por eso elegí *El Pobre Músico* de Grillparzer de la biblioteca de mi abuelo, dijo, yo he sido un pobre músico, pero sin música. Después ríe.

El muro del patio es lo único que limita con la ciudad propiamente dicha, el resto de las paredes del asilo dan a casas aledañas aisladas, sin importancia, a excepción de la parte trasera, donde no hay muro. De hecho, tenemos un jardín que es casi un bosque y que se confunde con el campo que rodea la ciudad, puesto que al carecer de muro en la parte trasera, el asilo se continúa “con la naturaleza”, según gusta decir al Director. Podemos ir allí cuando queramos, no hay restricciones. Sin embargo, son pocos los viejos que incursionan en él. El Gordo y yo somos de los pocos que lo hacemos con regularidad. A veces se suma Erlanger. Eso sí, exijo que se encuentren en buen estado, que Erlanger abandone su sonrisa estúpida y que el Gordo no se encuentre preso de su estupor. Entonces vamos al casi bosque y paseamos entre los pequeños árboles, los macizos de flores, los arbustos salvajes, las plantas raquíticas que sobreviven a fuerza de voluntad (como nosotros, dice Erlanger), y algunos pajaritos nos regalan sus cantos sin saber que nos regalan sus cantos (debería borrar esta frase). El campo, más allá del jardín, no ofrece más que una llanura seca que solo en primavera deja ver algún verde aquí y allá, como testimonio último de que también allí puede haber vida. A veces, si hay suerte, alcanzamos a ver una liebre o un

zorro, y poco más. El Gordo dice que la fauna del campo se acerca cada vez más a la ciudad, y que ese proceso, al que él califica de “imparable”, trastornará la vida de los hombres de la ciudad, los tornará, dice, más salvajes, volverán a sus hábitos cazadores y entrarán en guerra, una vez más, con la naturaleza. Erlangen sostiene que eso es una tontería, que la naturaleza, tal como la conocíamos, aquí, en la ciudad, ha desaparecido, y que las liebres y los zorros y todos aquellos animales que se aventuran en la entrañas (así dice) de la ciudad, terminarán siendo domesticados por los hombres que, de alguna manera, se las ingeniarán para sacarles partido, ¿sacarles partido?, pregunta el Gordo, sí, dice Erlanger, hacer dinero con ellos, entonces el Gordo me mira a mí como para que yo le aclare lo que Erlanger ha querido decir, pero yo no tengo idea, ya casi ni me acuerdo de lo que era el dinero.

El Director me ha presentado hoy a un amigo. Un tipo bajo, delgado, con los pómulos muy marcados, unos labios finos casi inexistentes y los ojos pequeños, muy vivaces, azules. Me dijo su nombre, pero lo olvidé inmediatamente, ya hay suficientes nombres en mi vida. Café y pastas, como siempre. El amigo quería conocerme. Un admirador, dijo el Director, y yo no supe qué decir. El amigo, sonriente, se inclinó un poco desde su sofá hacia mi figura, que permanecía rígida en la silla que siempre elijo cuando estoy en el despacho del Director, y me dijo: Tenía tantas ganas de conocerlo, y volvió a su posición original, muy relajado. La frase tenía un tono de amenaza, pero no hubiera sabido decir por qué. Quizá, pienso ahora ya en mi cuarto con la puerta cerrada y en pleno silencio, la amenaza era que el tipo quisiera hablar de mis

escritos, que recordara alguna frase, algún título, y me interrogara sobre ello, y entonces dijo: “y usted, cuando en la conocida entrevista de..., dijo aquello de..., ¿qué quería decir? Porque yo creí ver, bajo sus palabras, una crítica muy velada a..., pero nadie pareció advertirlo –un sorbo de café–, y yo no podía arrogarme la exclusividad de ser el único que leía entrelíneas sus palabras en apariencia tan amables, pero así y todo lo llegué a pensar, sobre todo cuando después, hablando con otros colegas, nadie hizo ninguna referencia a lo que usted había dejado caer sobre... como quien no quiere la cosa, como si nada de lo allí dicho, de esa manera subliminal, no existiera, cuando era evidente que, a poco que uno le diera un par de vueltas, la cosa quedaba clara”. El amigo del Director bebió otro sorbo de café, muy satisfecho consigo mismo. Aquí, el amigo, me dijo el Director, es una eminencia, aunque sé que a él le molesta que lo diga, pero precisamente por sus cualidades poco comunes cedí a su deseo de conocerlo, y aunque sé muy bien que usted intenta alejarse de esos paisajes que antes habitaba con aparente comodidad, pensé que, en este caso excepcional, podía hacer, precisamente, una excepción, y fue por ello que le dije que se acercara aquí, al asilo, y pasáramos un rato juntos, que es lo que estamos haciendo. El Director y su amigo sonrieron y me miraron como infundiéndome ánimo, no hay nada que temer, decían esas sonrisas, hablamos de lo que sabemos en el tono civilizado habitual, sin estridencias. Me comí una pasta, luego otra, y otra más. Deliciosas, dije, y luego, como de literatura iba la cosa, les comencé a hablar de Grillparzer. El Director nunca había oído hablar de él, y el amigo dijo que algo había escuchado, “¿alemán?”, preguntó, “no, no –dije apresu-

radamente— alemán no, austríaco, era austríaco... y austríaco murió”.

Cuando, después de una hora de suave tortura con el Director y su amigo, pude escapar hacia el patio, me encontré, precisamente, a Bürgel abrazando su libro de Grillparzer con el cariño habitual. Acabo de hablar de su amigo austríaco al Director y a un tipo que me presentó, uno que me quería conocer, dije. ¿Y qué es lo que les ha dicho?, preguntó el viejo Bürgel, interesado. Cosas, dije, cosas de la vida de Grillparzer, aventuras y desventuras. A mí me hubiera dado pena hablar de Grillparzer, dijo él, tanto dolor para nada, o al menos eso es lo que decía mi abuelo, en cambio usted... usted puede hablar sin problemas porque es escritor, y los escritores, cuando hablan, es como si escribieran, pero de otra manera, aunque no siempre, claro, solo de vez en cuando, raramente, la verdad. Pues yo, dije, cuando no tengo nada que decir es cuando se me ocurre ponerme a hablar. Y luego: le acabo de inventar una vida a Grillparzer. El viejo sonrió, “entiendo”, dijo, y puso cara de no entender nada. Un bullicio suave, creciente, inundó el patio. Hora de visitas.

El Director recibe personalmente a cada una de las visitas. En esas ocasiones viste siempre un traje gris marroño con chaleco, camisa blanca impoluta y una corbata granate. Su figura luce, en estas ocasiones, como el Director que en verdad es. En esos momentos sus modales parecen aún más refinados. Cada uno de los visitantes se siente único ante el trato del Director, este asilo, parece decirles, no sería el mismo sin su visita. Esto ayuda a que el clima sea muy cordial. Sin embargo, siempre hay algún viejo que da la nota, ya sea porque se pone a llorar des-

consoladamente sin motivo aparente, o porque comienza a gritar obscenidades, habitualmente de tipo sexual, o porque intenta agredir a algún familiar, en general más joven, acusándolo de robo o, también, aunque esto es menos frecuente, de violación. Entonces los ayudantes se movilizan y con gran profesionalidad restablecen el orden. Nunca hay violencia, sus palabras son suaves, y cuando es necesario quitar al viejo del patio, lo levantan entre dos, como si fuera una pluma, y lo llevan mientras le susurran algo tranquilizador. Los mejores en esto: Sordini y Sortini, o, mejor, Sortini y Sordini, para decirlo en el orden correcto. Cuando estos pequeños desórdenes ocurren, el director ni se inmuta, y tampoco lo hacen los familiares, que saben que rápidamente volverá la calma, que la tranquilidad general en la que se desarrollan las visitas nunca podrá romperse por más desvaríos que ocupen las cabezas de algunos viejos, por más desorbitados que estén sus ojos, por más desesperación que ocupen sus pechos enjutos cubiertos de una pelambre blanca y rala completamente inofensiva.

La familia de Erlanger es la más distinguida. Sus hijos son ya mayores, aunque todavía dirigen Empresas Erlangen con, según dicen, mano de hierro. Sus esposas son gordas, circunspectas, vestidas siempre con ropas que imagino caras, aunque puede que me equivoque. El viejo Erlangen tiene tres nietas, unas jóvenes muy bonitas que no se desaniman ante el deterioro de los asilados, que no cesan de hablar entre sí y, si cabe, intercambiar monosílabos con algunos compañeros de su abuelo; ocasionalmente cultivan el desmadre con conductas más o menos disparatadas. El viejo Erlangen, durante las vi-